

# Kamchatka

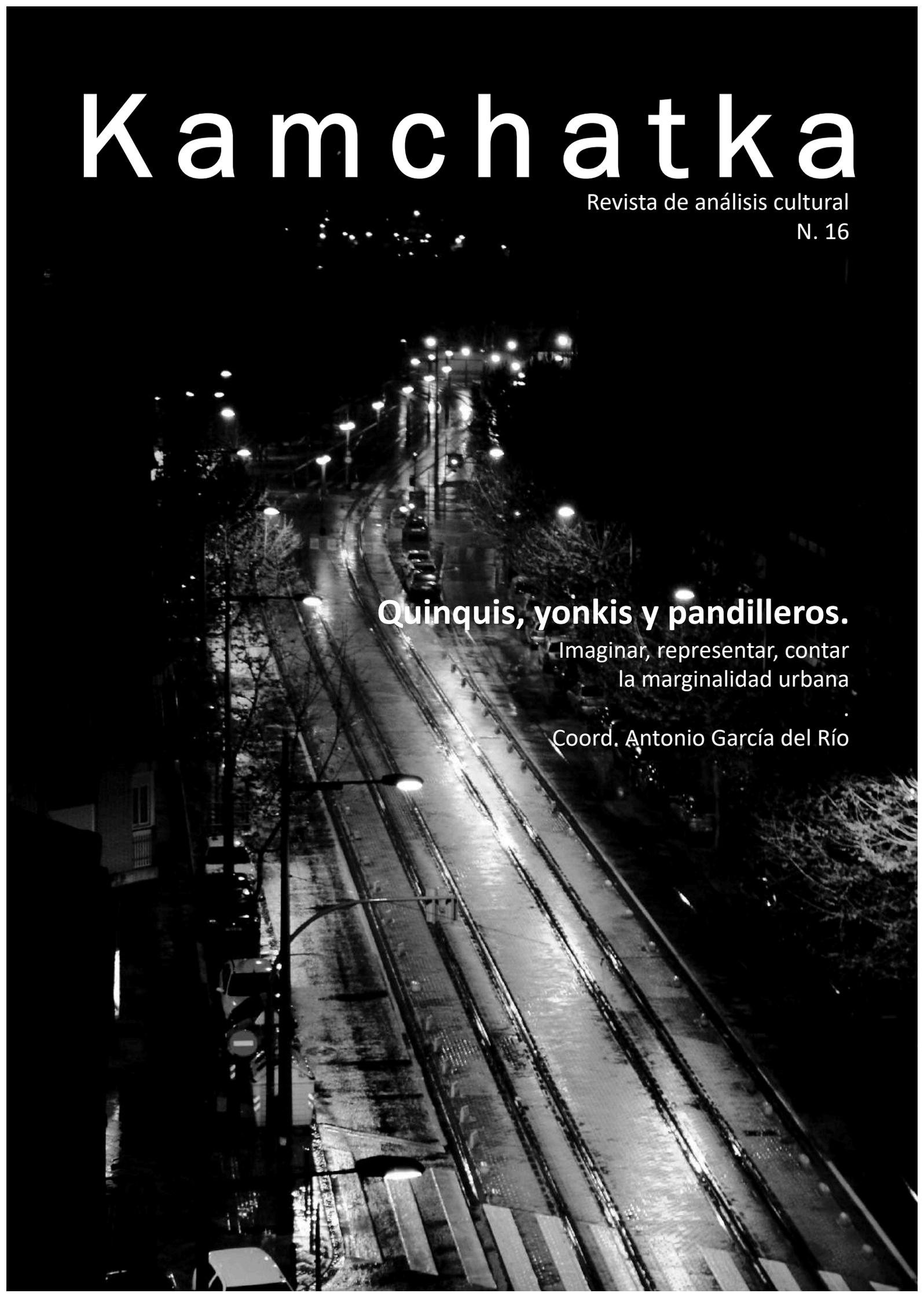
Revista de análisis cultural

N. 16

## Quinquis, yonkis y pandilleros.

Imaginar, representar, contar  
la marginalidad urbana

Coord. Antonio García del Río



# QUINQUIS, YONKIS Y PANDILLEROS. IMAGINAR, REPRESENTAR, CONTAR LA MARGINALIDAD URBANA

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 16 (2020)

Monográfico coordinado por ANTONIO GARCÍA DEL RÍO

ANTONIO GARCÍA DEL RÍO. Quinquis, yonkis y pandilleros. Imaginar, representar, contar la marginalidad urbana.

## I. MUNDOS, MITOS E HISTORIAS QUINQUIS

GERMÁN LABRADOR MÉNDEZ. El mito quinqui. Memoria y represión de las culturas juveniles en la transición postfranquista.

PAULA PÉREZ-RODRÍGUEZ. Historia conceptual del quinqui. Pluriempleo, policía, prensa y mito.

SOFÍA NICOLÁS DÍAZ. Sobre rap, trap y calle: imágenes y fenómenos.

ANTONIO GARCÍA DEL RÍO. De vagos y maleantes, bandidos y censores: la contraimagen del quinqui durante el franquismo en obras de Rodríguez Méndez.

## II. CONTEXTOS PARA UNA NUEVA HISTORIA CULTURAL

ANTONIO ORIHUELA. ¡Más chutes no! La heroína, entre arma de la democracia y vehículo heroico.

CARMEN MEDINA PUERTA. “Construir la poesía como una enfermedad de la piel”: la representación del VIH/SIDA en la España democrática.

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA. ¡Quita esa gorra de obrero! Desproletarización editorial en la Transición española.

III. OTRAS MARGINALIDADES EN CONTEXTOS LATINOAMERICANOS

MARIEL BUFARINI. Percibir y resistir los estigmas. Un estudio sobre la cotidianeidad de personas en situación de calle.

JUAN FERNANDO PAVEZ PÉREZ, MARÍA JOSÉ REYES ANDREANI, FRANCISCO JEANNERET, MARÍA ANGÉLICA CRUZ, CÉSAR CASTILLO, JUAN JEANNERET, MANUELA BADILLA, CENTRO DE INTERPRETACIÓN FISURA FISURA. Murales y políticas de memoria en un "barrio crítico" de Santiago de Chile.

ANEXO AL MONOGRÁFICO. TEXTOS DE HOMENAJE.

RESISTIR A LES PALPENTES / RESISTIR A TIENTAS. Poemas de Antonio García del Río.

SEMBLANZA DE TONY Y CUADERNO DE VOCES.

Imagen de portada:  
fotografía de Antonio García del Río.



# ¡MÁS CHUTES NO!

## LA HEROÍNA, ENTRE ARMA DE LA DEMOCRACIA Y VEHÍCULO HEROICO

NO MORE FIX! The heroine, between weapon of democracy and heroic vehicle

ANTONIO ORIHUELA

antonioorihuela.orihuela@gmail.com

**RESUMEN:** La contracultura española floreció en el paréntesis de permisividad que el proceso transicional, desde las opresivas estructuras franquistas a la democracia, dejó expedito a los experimentos sociales y culturales. A partir de 1978, el Estado reaccionará a toda esta floración sociocultural de signo autónomo, fomentando un clima de truculencia, sensacionalismo, miedo, paranoia, delincuencia, estigmatización de la pobreza y drogas que, orquestado desde los media, sorprendentemente, fueron también asumidos como rasgos identitarios por los mismos grupos marginalizados.

**PALABRAS CLAVE:** contracultura, transición, democracia, delincuencia, heroína.

**ABSTRACT:** The Spanish counterculture flourished in the parenthesis of permissiveness that the transitional process, from oppressive Francoist structures to democracy, expedited social and cultural experiments. From 1978 onwards, the State will react to all this socio-cultural flowering of an autonomous sign, fostering a climate of truculence, sensationalism, fear, paranoia, delinquency, stigmatisation of poverty and drugs which, surprisingly orchestrated from the media, were also assumed as identity traits by the marginalized groups themselves.

**KEYWORDS:** counterculture, transition, democracy, delinquency, heroin.

TEXTO RESCATADO.

Una versión previa de este trabajo aparece en el libro *Poesía, pop y contracultura en España* (2013) de Antonio Orihuela.

Orihuela, Antonio.

“¡Más chutes no! La heroína, entre arma de la democracia y vehículo heroico”.

*Kamchatka. Revista de análisis cultural* 16 (Diciembre 2020): 155-167.

DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.16.16194> ISSN: 2340-1869

Cuando en 1986 Los Calis se hacían eco de una realidad terrible que se extendía por los extrarradios de las ciudades, y cantaban aquello de “más chutes no, ni cucharas impregnadas de heroína”, se hacía difícil creer que, tan solo nueve años antes, se habían celebrado las Jornadas Libertarias de Barcelona, donde medio millón de jóvenes, salidos de la larga noche franquista, inundaban las calles dándose abrazos, besándose y fumando porros de marihuana. Jóvenes que, en las tertulias improvisadas en los bares del *rollo* (el London, el Café de la Opera, Les Enfants, el Zurich, Zeleste, Magic, Bohemia, La Rivolta, La Fragua, El Paraigua, etc.), hablaban de guerrilleros del amor, de situacionismo, de desobediencia civil, ocupaban pisos y se establecían en alegres comunas.

Con las Ramblas como epicentro, como vehículo y escape de aquellas pasiones, los Ateneos Libertarios y la propia CNT no daban abasto para repartir carnets y organizar actividades mientras en las calles las algaradas contra la policía a base de petardos, ladrillos y cócteles molotov se unía a la visibilización (por primera y última vez en este país) de la lucha de las personas presas, las prostitutas, el incipiente movimiento gay; y los ánimos aún encendidos y optimistas tras las huelgas de ROCA, INDUYCO o EUROSTIL fijaban también aquella realidad al más doloroso e ineludible contexto del postfranquismo.

El *rollo* marcó el tiempo de la subversión de los valores y las conductas, del carnaval revolucionario, el movimiento por el cual las energías largo tiempo reprimidas en el seno de lo social se liberan en un éxtasis que tiene a la ciudad por protagonista y que recobran una creatividad y una sociabilidad que, por momentos, parecía capaz de suspender el tiempo histórico, el tráfico de mercancías y la propia naturaleza del poder del Estado. Bajo el *rollo* la gente se descubre colectivamente como un contrapoder capaz de intervenir de nuevo en la Historia para liquidarla, el *rollo* impone el tiempo de lo excepcional, de la sorpresa, del deseo y de la libertad como práctica cotidiana, como vivencia directa no organizada... Es el tiempo de las comunas, de las ocupaciones, del rechazo al trabajo alienado, del festival, del juego, el *happening* y los viajes psicodélicos, de la presencia verdadera de verdaderas personas en un tiempo verdadero, en un momento en el que el mundo pareció cambiar, o al menos, si uno se ceñía a lo que asomaba en revistas contraculturales como El Rrollo, Globo, Ozono, Star, Ajoblanco o Vibraciones, así parecía ser; pero al mismo tiempo, también en ellas, a medida que van cumpliendo números, podemos apreciar el cansancio y la decepción al ver cómo todos los sueños de utopía van siendo fagocitados por la sociedad de consumo o aplastados por el autoritarismo de un régimen dispuesto a morir matando.

Pero no son sólo los aspectos mercantilistas o la censura lo que desmorona el edificio *underground*, el propio cansancio de sus protagonistas y el descubrir cuánto habían cambiado los ídolos de papel de su imaginario también comienza a pasarle factura a la gente del *rollo*. Aun así los tripis siguen ofreciendo algo de coherencia al camino elegido. La gente sigue queriendo flipar en grupo, sigue marchando cuando puede al campo, al contacto con la naturaleza, las comunas y cooperativas aún parecen viables, los triposos siguen vibrando, hablando con las vacas, percibiendo el calor de la tierra o se quedan horas y horas fascinados mirando las olas o el atardecer. El LSD seguía transmitiendo su vieja y original energía a unos *hippies* que tenían realmente difícil lo del amor y las flores en un país violento y árido como España. Esta masa

idealista iba a darse de bruces bien pronto con la cutre realidad del país, con su miseria mental.

A finales de 1977 se vislumbran los primeros síntomas de esta mutación, la Banda Trapera del Río dará un concierto para más de mil jóvenes de los barrios de la periferia de Barcelona mucho más identificados con el punk/*rocké* que con la música layetana y el rollo hippie-progre de izquierdas, que empiezan a diluirse con el avance de las oleadas de *rockers*, macarras, camellos y simples delincuentes que desde las periferias comienzan a asaltar los lugares habituales de la heterodoxia bohemia en el centro de la ciudad. El rollo expansivo y psíquedélico está a punto de dejar paso a una consigna bastante más simple: ¡drógate!, y sobre todo más acorde con los tiempos que corren, donde el único horizonte para la mayoría de la juventud de los barrios obreros es el paro, la exclusión y la alienación.

En efecto, todo esto, para las opresivas estructuras franquistas, entonces en pleno proceso transicional, no había pasado desapercibido y, en cuanto terminó su propia operación *del cambio* bajo el continuismo más absoluto de las estructuras sociales, políticas y culturales del franquismo ahora legitimadas por el simulacro de la participación democrática y la presencia de los legalizados partidos y sindicatos que habrían de hacerle el juego, se dispuso a ajustarle las cuentas a aquellos jóvenes que se habían dedicado a vivir y gozar en ese paréntesis de permisividad, en ese lapso de tiempo que se construyó al margen del poder y de un Estado entonces preocupado por otros asuntos mayores. Resueltos estos (Pactos de la Moncloa, aprobación de la Constitución, etc.) hacia 1978, llegará la hora de ajustar cuentas, primero con el movimiento libertario, y así se descolgó, el 31 de enero de 1978, el Ministro del Interior, Martín Villa, diciendo en la televisión que “los libertarios eran el principal peligro para consolidar la democracia en España”, desatando una nueva oleada de represión y violencia sobre estos colectivos y sus locales, protagonizada por grupúsculos de la ultraderecha con generosa cobertura de la policía que se saldó, en menos de dos años, con más de una veintena de muertos y miles de detenidos y torturados, arrastrando a algunos a emular una lucha terriblemente desigual que si para algo servía era para justificar la violencia policial.

Poco después, al grito de “con Franco vivíamos mejor”, era la prensa reaccionaria y conservadora, alentada por los partidos de la derecha, los que se lanzaban a una campaña destinada a sobredimensionar la delincuencia, creando un estado de alarma social que criminalizaba sin más el paro, la miseria y el chabolismo que por desgracia afectaba a casi un millón de personas en un país donde el gasto social era tres veces menor que en Europa.

Como elementos relevantes del clima de inseguridad ciudadana se incluyó también a los jóvenes utopistas del *rollo* porque, como venía defendiendo el catedrático de psiquiatría de la Universidad de Granada Luis Rojas Ballesteros desde finales de los años sesenta, la dietilamida del ácido lisérgico debía ser prohibida y perseguido su consumo no tanto por atentar contra el interés de la salud pública, sino más bien en aras de mantener la moral social imperante, ya que podía inducir a la negación de los principios de actividad, trabajo productivo, utilidad social y rentabilidad económica, es decir, porque atentaba directamente contra los pilares básicos del orden social y económico establecido y generaban un notable ejército de descontentos críticos. Con ello, Rojas Ballesteros no hacía más que recordarnos que es el Estado quien decide sobre qué estados de conciencia son adecuados para sus súbditos y cuáles no. La manipulación de la mente, por desgracia, sigue siendo, como el tabaco, monopolio del Estado y cualquier operación

fuera de los límites marcados por él sigue siendo “ilegal”, porque al poder le aterroriza la perspectiva de ciudadanos capaces de pensar por sí mismos y de elegir los estados de consciencia que quieren habitar.

Metidos todos en un mismo saco, libertarios, drogadictos y demás chusma indeseable, el poder va fomentando un clima de truculencia, sensacionalismo, miedo y paranoia antidelincuencia que, estupendamente orquestado desde los medios, se transforma en una campaña por la paz y el orden social que el Estado se apresura, solícito, a restablecer, como en las mejores profecías que se autocumplen.

El psiquiatra González Duro afirmará que, para 1979, la psicodelia prácticamente había desaparecido, tal vez porque la vida real había dejado de estar inmersa en esa especie de alucinación colectiva que había sido la transición y todo comenzó a pudrirse de normalidad, rutina y resignación (Duro, 1979; en Usó, 2010: 89). Otra sustancia, especialmente concebida para una generación derrotada en el pulso transicional con los poderes públicos, será la protagonista de la siguiente década.

¿Qué había pasado? Aquellos años se vivieron con tanta intensidad como confusión. Surgieron sindicatos, comunas, cooperativas, colectivos de arte, coordinadoras para casi todo. También hubo quien pasó de todo y quien reaccionó contra todo, pero a los que se implicaron en el *rollo* les pudo la prisa, el ambiente hostil, los palos de la policía, los desengaños con los compañeros de viaje. Parecía como si la hora del recreo, como llamaron algunos a aquellos años en los que las cosas parecían que podían cambiar desde la raíz, había tocado a su fin y, enfrente, para los que se negaban a incorporarse a la gran estafa de la transición y habían querido vivir a tope solo les quedaba sus esperanzas frustradas, la depresión y la heroína.

La sensación de desánimo, lejos de ser una construcción o una reflexión hecha desde el relato histórico, sorprende porque está ya presente de forma muy palpable al final de este periodo. También en 1979, la revista *Bicicleta* monta un especial titulado “El desaliento” donde se constata el desánimo objetivo y la decepción generalizada que se han extendido entre los activistas libertarios. Hablando de una situación de autoderrota, de repliegue hacia el ámbito de lo privado en medio de un paisaje de rupturas, decepción, desencanto, apocamiento y falta de interés por continuar con unos proyectos que se van desmoronando en un ambiente de discordias, desafección, impotencia, suicidios o huidas a paraísos artificiales. Pero no todas las causas fueron endógenas:

les dejamos que se salieran con la suya [...] Aparecieron por todas partes; lo controlaban todo [...] los políticos habían [...] condenado a la ciudad. Entre suicidados, apáticos, pedigüños y desertores permitiéndolo [...] ¿Cómo impedirlo? [...] no sé [...] bueno, sí sé pero no tengo fuerza [...] Su avance era imparable [...] Barcelona olía a pescado muerto. (Pere Marcilla, 1979: 6)

El músico catalán Jordi Carbó, en su libro de memorias *El Saxo* (2009), nos dejó un relato contundente de su propia experiencia:

El consumo de cualquier tipo de drogas significaba ruptura... Barcelona se llenó de heroína. Y para nosotros, enteradillos en nuestra desinformación, fue una droga más. Al principio era muy barata y nos reuníamos a consumirla de la misma manera que lo

habíamos hecho con los porros o los ácidos, hongos o cualquier tipo de droga que se pusiera a tiro... Pero llegó un día en que las cosas empezaron a ser diferentes... No podíamos vivir para otra cosa, sólo había tiempo de buscarse la vida, ¿quién podía pensar en protestas y manifestaciones?... Fue nuestra primera gran derrota. (Carbó, 2009: 20)

Y esa sensación, a tenor de otros testimonios, estaba muy extendida:

No hay que buscar soluciones [...] estamos muy bien así. (Orrantía, 22/12/1980: 117)

Mira, tronco [...] Yo dejo de *chutarme* mañana, o ahora. ¿Qué hago luego con mi vida? Yo no veo otra cosa que merezca la pena. (Orrantía, 22/12/1980: 117)

Sé que la heroína me mata, pero sin ella enloquecería. Y por la heroína he hecho, soportado y hago todo género de cosas. Yo no quiero vivir en vuestra sociedad, no tengo ninguna vana ilusión de poderla cambiar como cuando era joven, cretina y comunista. (Gómez Mompart, 1981: 12)

El mismo Pepe Ribas, acérrimo partidario de la trama tóxica, reconocerá “que había muchos alternativos pasados de revoluciones [...] que se apuntaban a la heroína y otras drogas sin ton ni son” (en Usó, 2010: 90).

El *underground* siguió, a pesar de todo, porque la vida que no se hace espectacular no tiene otro lugar para discurrir que no sea bajo tierra, subterránea, por los márgenes de las instituciones y el mercado. La cultura del *rollo* que había asomado con efervescencia, con fuerza, con un empuje y una marcha arrolladora volvió a sumergirse y a mutar para continuar viviendo, pues para ser libres y para seguir dando guerra no se podía hacer otra cosa que replegarse, trasladar el campo de batalla de lo social a lo personal e intentar ahí seguir hostigando al capital, y así hasta hoy. En la superficie, la televisión se encargó de amurmar a los que el poder había domesticado, la heroína de matar a los irreductibles que no quisieron o no supieron comprender que todo había terminado, y la industria cultural de vendernos todo aquello convenientemente neutralizado, enlatado y desinfectado.

Según Juan Carlos Usó, en su libro *Drogas y cultura de masas* (1996), la heroína entró en España hacia 1973, continuará siendo una droga exótica hasta 1976 y entre 1979-1982 se extenderá y generalizará, alcanzando a unos 125.000 consumidores, el 80% de extracción humilde y trabajadora.

También, por primera vez, una droga ilegal se convierte en un gran negocio que aglutina enormes flujos de dinero negro; dada su alta rentabilidad, la heroína comienza pronto a aparecer en muchas de las tramas de corrupción, sobornos y cohechos que salpican a instancias empresariales, políticas y judiciales.

Hasta 1994 las cifras hablarán de algo más de diez mil muertos por sobredosis. En 1982 hace su aparición el SIDA. Es difícil precisar cuántos miles de muertos más habría que sumar. Se propagó de manera viral que, a finales de los años noventa, había más españoles vivos nacidos en la década de los cuarenta que en la de los cincuenta, pero esto no deja de ser un dato alarmista hace tiempo desmontado por quien con más profundidad a estudiado este tema (Usó, 2015:117-120). Son los muertos sociales los que buscaron por el atajo un bienestar que la sociedad de consumo les negaba por vías convencionales, descreídos políticos, transgresores

sociales, insatisfechos existenciales, desesperanzados que veían como la crisis, el paro y la falta de expectativas les ponía muy difícil gozar de los supuestos paraísos que el capitalismo prometía. La heroína gestionó su dolor proporcionándoles un mundo de alivio rápido y placer seguro.

Los intelectuales de izquierda, lejos de hacer autocritica y reconocer “la tendencia entre el proletariado a imitar los vicios de sus enemigos de clase”, como afirma Juan Carlos Usó en *Drogas, neutralidad y presión mediática* (2019: 194), optaron por esgrimir el argumento de la inducción toxicológica y la conspiración estatista capitalista casi al mismo tiempo que se extendían las drogas heroicas entre la clase obrera en España. En comunicación personal, Juan Carlos Usó, reflexiona en cómo esto tampoco era nuevo, ya la revista anarco-vegetariana y naturista *Helios* recogía el primer argumento conspiranoico que conocemos en su número de junio de 1916, hablando de toda una vasta trama, organizada diestramente desde el poder, para poner freno a las doctrinas socialistas con estos venenos del alma destinados a envilecer al proletariado y alejarlo de su destino de redención social y moral.

En *¿Nos matan con heroína?* (2015), Juan Carlos Usó sostiene, frente a las tesis conspirativas que citaremos a continuación, que la expansión de la heroína no fue un fenómeno exclusivo de España pues afectó por igual a toda Europa Occidental, si bien aquí la particularidad es que llegó cuando se masificaban y trivializaban determinados aspectos de la contracultura en un contexto histórico y psicológico, el de la segunda mitad de los setenta, marcado por la crisis, la depresión y la falta de expectativas para los jóvenes que hacía también muy apetecibles estos paraísos artificiales del abandono emocional y sensorial ante una sociedad de la que se veían excluidos. Este contexto es el que se ha utilizado para eximir a los consumidores de heroína de toda responsabilidad autodestructiva, presentándolos como víctimas inocentes y propiciatorias de algo que ellos mismos no desencadenaron, aunque qué duda cabe que fue, en última instancia, una elección personal que marcó una forma de ser y estar en el tiempo demonizada y amplificadas por el Estado.

El mito tiene una fuerza lírica y una belleza estética de la que la historia carece. El mito rectifica la historia, es como si dijera: puede que las cosas no sucedieran de este modo, pero así es como deberían haber sido, como queremos recordarlas. (Usó, 2015: 190)

Los humanos somos proclives al autoengaño y el mito consigue hacernos más tolerable la realidad. Sin la ayuda del mito, la realidad se nos indigestaría. [...] A los consumidores se les suele presentar como víctimas involuntarias, una especie de buzones, que están ahí para que se traguen lo que les echen. No se tiene en cuenta para nada su voluntad, porque se supone que no tienen, que su cerebro está químicamente secuestrado. En las sociedades consideradas libres, las decisiones de las personas son respetadas en materia de sexo, política, opinión, religión... pero no en materia farmacológica. (Juan Carlos Usó, comunicación personal)

A partir de 1978 el gobierno español creó “el problema de la heroína”, ofreciendo en los medios una exitosa campaña de *marketing* que lejos de disuadir de su consumo a la juventud, socializó su deseo. Los alarmantes vaticinios que clamaban los medios no hacían sino favorecer la curiosidad por su consumo y el Estado, criminalizando su consumo, criminalizaba también a una juventud que iba a pagar en primera persona la crisis económica y la reconversión industrial. La gente del *rollo*, marginados política, social y económicamente, ya podían ser perseguidos a balazos. El yonqui se hizo yonqui en el proceso social de asumir esta identidad que lo criminalizaba.

La rebeldía de los jóvenes se encauzó en la épica heroica que extendían la música *rock*, los conciertos, las revistas, películas y otros productos de consumo masivo, despertando curiosidad y deseo, y contribuyendo a propagar la dulce conformidad y el abandono emocional y sensorial que proporcionaba la heroína. La alienación ganó la batalla a la experimentación política y a la expansión de la conciencia.

La heroína disparó la pequeña delincuencia entre sus usuarios sin recursos y los medios masivos extendieron las redes del miedo entre los ciudadanos ante lo que presentaron como una oleada de delincuencia sin igual en la historia de España<sup>1</sup>, obligando a la gente a buscar la seguridad del hogar y los locales cerrados. Las plazas y los espacios públicos, hasta entonces signos de encuentro y sociabilidad popular, se vaciaron, se volvieron hostiles, duros, impersonales; habrá que esperar treinta años para que de nuevo estos lugares se vuelvan a resignificar gracias al impulso del 15M.

En pleno fragor mediático sobre la heroína, Haro Ibars denunciaba en la revista *Ozono*:

Desde esta primavera, poco más o menos, la heroína ha dejado de ser una leyenda relacionada con las canciones de Lou Reed, el flasheante y lejano New York y los mitos de la decadencia neo-romántica que nos venden desde todos los medios de comunicación de masas... La heroína se está convirtiendo en un perfecto instrumento de control por parte del Poder. Es utilizada para embrutecer, para violar el espíritu de quienes la consumen, para crear un nuevo conformismo: el usuario habitual de heroína es alguien que no plantea demasiados problemas, siempre que tenga resuelto el alimentar su hábito. Y, por el momento, lo tiene. Como ya he dicho, es muy fácil de conseguir, e incluso barata. (Haro Ibars, 1978: 8)

Sin embargo, a la hora de identificar a los culpables de la ola de toxicomanía, se mostraba mucho más críptico:

Nadie sabe dónde están los verdaderos traficantes, los que traen los kilos de material necesarios para satisfacer el consumo no solamente en Madrid, sino de toda España. Son invisibles; nadie los conoce. (Haro Ibars, 1978: 8)

Moncho Alpuente también se haría eco del mismo misterio:

El *caballo* de la heroína corre desbocado por Madrid y otras capitales [...] ¿Quién introduce la droga dura? De los oscuros intereses, de las grandes mafias, de los jefes de estas multinacionales de la muerte no hablan las crónicas de los periódicos. (en Usó, 2010: 89)

Pepe Ribas, el histórico editor de *Ajoblanco*, iba más lejos:

Hubo un complot para acabar con el movimiento libertario [...] lo mató la policía infiltrándose en los ateneos y repartiendo heroína [...] cuadrillas de poca monta que trapicheaban con hachís [...] Muchos de ellos acabaron en reformatorios o en la cárcel. Otros intimaron con carceleros y policías. Convenientemente formados, los soltaron en plena ola libertaria a cambio de cumplir ciertos servicios [...] les llegó el encargo de cambiar de mercancía y dirigirla a determinados ambientes. Aquellos camellos de poca monta que trapicheaban con chocolate, polen, marihuana y ácidos adulterados se pasaron a la nueva sustancia [...] Eran las mismas tácticas que habían patentado los servicios

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, la filmografía de Eloy de la Iglesia a principios de los años ochenta.

secretos norteamericanos como arma de destrucción contra los Black Panthers y demás grupos radicales. Luego las extendieron por todo occidente. (en *El País*, 15/04/1994)

Nanni Balestrini reflexiona sobre el significado de ellas en su novela *Los invisibles* para el caso italiano:

... pero mientras tanto había otro problema que se nos estaba echando encima de repente era el de la heroína que se estaba difundiendo como una mancha de aceite e incluso comenzaba a invadir el movimiento lo discutimos y rediscutimos durante días y días está claro que al poder le conviene esta situación que ya cuenta con un mogollón de muertos y de zombies [...] está claro que la heroína en general jode a los más rebeldes y a los más insatisfechos a los que más rechazan este sistema y ya no consiguen soportarlo con la heroína se les ofrece simplemente una salida individualista y autodestructiva al deseo de cambiar a la rabia que llevamos dentro [...] el hecho de que la heroína se propague en el proletariado juvenil representa una potencial derrota porque se propaga justamente en el mismo terreno de las necesidades de la voluntad de cambiar la vida, los que se pinchan viven exactamente nuestros mismos problemas uno se pincha porque ya no puede más y porque ya no cree que se pueda luchar por una vida diferente. (Balestrini, 1988: 175)

En el caso de España, tanto el llamado *Informe Navajas* como el periodista Pepe Rei en su libro *La red Galindo* (1993) informan sobre la trama de narcotráfico en Euskadi, dirigida por la Guardia Civil desde el cuartel de Inxaurrondo, con el general Enrique Rodríguez Galindo a la cabeza. Pepe Rei constata en su libro cómo barrios históricamente activos desde el punto de vista político, donde el sindicalismo y la izquierda más independiente hacían fuerte a la clase trabajadora, fueron estigmatizados, anulados y destruidos por el desarrollo de un mercado de la droga dirigida desde la sombra por el poder. El barrio de Otxarkoaga, en Bilbao, queda como ejemplo de cómo un foco de activismo político duro en contra del poder establecido es eliminado mediante la introducción de grandes cantidades de drogas en la población. Aun así, y a pesar que Otxarkoaga ya no es más que un barrio de izquierdas, es de los pocos barrios de Euskadi que tienen estatuas de Marx y Lenin en sus calles. Pero hay más ejemplos, como Vallecas, otro barrio ejemplar, primero como sede del mayor proceso de movilización vecinal que se ha dado en Madrid y más tarde como territorio de una intensa vida cultural y política tristemente contrarrestada por las consecuencias de la heroína y del estigma social.

Entre 1979 y 1981, la población reclusa española se duplicó, estando el 90% de los ingresos relacionados con las drogas. La extensión de las drogas duras por los recintos penitenciarios supuso un completo desastre para los internos, si bien sirvió para desarticular la mayor plataforma reivindicativa que jamás han organizado los presos en nuestro país, la COPEL, y empeoró las condiciones de vida de los penados, acabando con la vida de muchos de ellos.

En 1980 se calcula que había unos 10.000 consumidores de heroína solo en Euskadi. Sin embargo, el sociólogo Javier Elzo rebaja su número, para el período 1978-1986, entre 5.000 y 6.000, incluyendo a los consumidores de heroína de Navarra (Usó, 2015: 127-128). En todo caso, a dónde no llegarían las cosas que, en Madrid, las asociaciones y plataformas de madres de toxicómanos denunciaron en reiteradas ocasiones la implicación de la policía en las tramas de distribución de estas sustancias. El 17 de abril de 1980 Herri Batasuna, a través del diario *Egin*, denunciaba la existencia en Euskadi de una “mafia de la heroína” amparada por los poderes del Estado español, que estaba dispuesta a combatir. A partir de ese momento, ETA iniciará en

Euskadi y Navarra, las dos zonas más azotadas por el consumo, una sangrienta guerra contra los narcotraficantes que se saldaría con más de treinta asesinatos y la colocación de varios artefactos explosivos en locales relacionados con su comercialización. Algo que, a la larga, no deja de ser paradójico cuando, desde mediados de los años noventa, el medio de financiación de la banda se basará en servir de intermediario entre los narcos colombianos y la camorra italiana.

Con todo, la guerra propagandística entre el Estado y sus voceros, y ETA y los suyos, sobre quién estaba envenenando a la juventud vasca hizo que la heroína se convirtiera en un arma arrojadiza que, según qué medios, encontraremos lanzada hacia uno u otra.

Lo más probable es que en todo este asunto de la introducción y extensión de la heroína por España haya que hablar de una compleja red de factores (Usó, 2010). Por un lado está el hecho de lo poco preparada que estaba la policía española, en los años setenta, para hacer frente al tráfico de una sustancia hasta entonces desconocida y que, por primera vez, se movía dentro de la lógica de las grandes mafias de la droga a nivel europeo. Por otro, la presencia en el mercado de algunos productos de consumo (libros, discos, películas) que contribuyeron a estimular la demanda, socializando el deseo entre los jóvenes. Tampoco ayudaron ni el contexto socioeconómico (crisis económica, paro, falta de expectativas para la juventud), ni el naufragio de los sueños de la izquierda radical en medio de un ambiente de pactos y consensos políticos que excluían toda posibilidad revolucionaria de cambiar las cosas, ni las campañas de los medios de comunicación que, ávidos de sensacionalismo, lejos de ayudar a paliar el consumo incentivaron el interés de muchos jóvenes por algo tan peligroso y perseguido que encerraba placeres inmensos.

Los que sucumbieron en la adicción pero lograron mantenerse con vida, ególatras y derrotistas, cayeron en las garras del sistema penitenciario o, en el mejor de los casos, corrieron a los brazos del sistema asistencial donde se les instruyó en su nuevo papel de escoria social, incapaces ya de articular ninguna alternativa de contrapoder a un Estado que ya se podía dedicar a otros menesteres.

De los que consiguieron escapar, unos caerán *enamorados de la moda juvenil*, sintiéndose divinas para el baile y recuperando la estética amanerada y las insinuaciones homoeróticas del glam, que habían pasado desapercibidas debido a la hegemonía *hippie* melnuda de los setenta, integrándose en el espacio que la cultura oficial había dispuesto para los sumisos. Así, los ochenta serán los años dorados de Radio Futura, Alaska, Golpes Bajos, Fangoria, Mecano, Danza Invisible, PVP, Los Nikis, Ejecutivos Agresivos, Javier Gurruchaga, Tino Casal, La Mode, Glutamato Ye-Yé, Parálisis Permanente, Zombies, Loquillo, Hombres G o La Mode. Son los años de la llamada *Movida*, reclusa en el celofán, el papel *couché* y la radio fórmula, controlada y consentida institucionalmente, fomentada desde revistas como La Luna de Madrid o periódicos como ABC, la televisión pública en programas como *La Edad de Oro* de Paloma Chamorro y vendida más allá de nuestras fronteras como marca de la España moderna. En efecto, *La Movida* fue la concreción espectacular del difuso movimiento *underground* madrileño, capitalizada por el poder político por lo que tenía de atractiva para identificarla con una modernidad imposible y hacerla pasar por ella de cara a presentarnos en Europa. En este sentido la *Movida* era perfecta, por una parte estaba localizada en Madrid, por lo que era económica, fácilmente disponible para ser amplificada por el conglomerado de medios de comunicación que allí se concentran, y además prestigiaría la capital de España como capital cultural; de otro lado también era ideal en la medida

que no daría problemas, básicamente era un movimiento fuertemente despolitizado, indiferente a la política institucional, superficial, sumiso, hedonista, individualista, elitista y algo tontorrón en sus propuestas; y finalmente la operación servía para reintegrar a los cachorros más díscolos de las élites económicas y políticas al mercado capitalista, con lo que no sólo dejaban de ser una carga y/o una vergüenza para sus familias, sino que además los devolvía productivos y famosos, pues en muchos casos los protagonistas de la Movida eran hijos de la alta burguesía: los Mecano, Daniel Múgica, Ouka Lele, García Alix, El Zurdo, Alaska, Nacho Canut o Carlos Berlanga.

Hemos dicho que la movida despreciaba la política, y así es, en un sentido fuerte; lo que no quiere decir que en todos ellos no encontremos una loa permanente al capitalismo y al consumismo, el deseo de espectacularización y cosificación mercantil de su persona y sus productos, y un silencio helador sobre todo lo que suponga conflicto social. De ahí que la clase política española, sobre todo sus sectores hegemónicos, los encontrara sencillamente arrebatadores, a su lado podían sentirse modernos y transgresores, recabar el voto joven en un momento en que la edad de votar pasó a los 18 años y, sobre todo, podían sentirse seguros, porque sabían que en la movida nadie les iba a criticar, eran alérgicos al compromiso. Así, con los socialistas copando el poder municipal en casi todas partes, los grupos de la movida conocieron una edad dorada de conciertos generosamente remunerados que distorsionó por completo el circuito musical, nunca como entonces grupos musicales tan desconocidos han sido tan generosamente recompensados. Aun así, la derecha española tardó dos décadas en darse cuenta de que la movida no era un fruto maduro de la cultura socialista que había que impugnar, sino un agente de aceleración de los valores neoliberales que ella misma encarnaba de forma menos glamurosa.

Otros, para completar la oferta suburbial del mercado musical, irán un poco más allá, refugiándose en la mitología autodestructiva del rebelde que prefiere morir antes de llegar a viejo, son los chelis, grupos de *rock* urbano que parecen regodearse en el lado canalla de la exclusión social. Ilegales, Burning, Mermelada, Coz, Obús, Barón Rojo o Leño serán algunos de estos grupos que, a base de pueriles proclamas sociales, fútiles soflamas políticas y un exacerbado machismo, servirán de referencia para construir el imaginario social de los chavales de clase baja del extrarradio y, de paso, servir de dique de contención para continuar extendiendo la ideología del sistema.

Aunque casi ninguno le hará ascos a la SGAE, no por eso todos rinden sus discursos al mercado y, desde finales de los setenta, el *rock* radical de La Banda Trapera del Río, Cicatriz, Cucharada, RIP, IV Reich, MCD, La Polla, Eskorbuto, Soziedad Alkohólika, Asfalto, Barricada o el más áspero punk/*ska* de Kortatu hacen brotar los sonidos del descontento social y la lucha de clases larvada en los cinturones obreros, expresando, en sus letras desgarradas, la frustración, el cabreo y la impotencia ante una libertad que al final se había resumido en poder mirar escaparates y, también, las ganas de vivir y romper con el sino que el sistema les tenía reservado.

Con ellos convivirá la heroína como triste aliada, siempre dispuesta a contrarrestar los sueños de lo que va quedando de aquella juventud todavía resistente y fuertemente politizada en medio de un maremágnum de camellos, infiltrados, secretas, criminalidad, marginalidad y sustancias adulteradas que hacían muy complicado poner en práctica los sueños de utopía. “Nos van a desinfectar, nos van a exterminar y no nos vamos ni a enterar” cantarán Derribos Arias.

Así fue, en efecto, como a golpe de operaciones, *liftings* y medidas higienistas los poderes limpiaron todo reducto de resistencia. Se utilizó la química para la represión, para la guerra interior contra los rebeldes y se utilizó el espectáculo para integrar a los más dóciles. La movida, *promovida por el ayuntamiento*, se convirtió en una marca para exportar, y como todo producto, buscó su éxito en el diseño limpio y banal de sus mercaderías, en la más rabiosa convencionalidad de los cánones del pop.

Clausuradas las ilusiones políticas radicales por parte del Estado transicional, destrozados los sueños de una juventud asediada por el paro, la falta de recursos y la crisis, el espectáculo y la incesante circulación de mercancías descubren, para las posibilidades del consumo generacional, nuevas anomalías, haciendo visibles determinadas situaciones de marginación y criminalización pero que ya no tienen un componente político fuerte, y por tanto que pueden ser incluso promocionadas y comercializadas como los últimos reductos de un exotismo hispánico en vías de extinción. Así, a finales de los setenta, también el lumpen se convierte en mercancía e igualmente enlatado se comercializa, sobre todo su música, que tendrá como soporte básico de expresión la rumba catalana y otros palos y compases más o menos aflamencados y como medio de difusión los mercadillos de casetes y los bares de carretera.

Si la *movida* madrileña marca, por arriba, el punto de inflexión entre la juventud politizada de los primeros setenta y el dulce conformismo de la de finales de esa década que se heredará a sí misma a través de la escena *indie/hipster* en las siguientes, “el fenómeno Quinqui” hará lo propio por abajo, es decir, emergiendo desde un lumpen proletariado que había vivido entre la ilusión y la expectación el “a ver qué pasaba”. Frente a los hoy mediáticos Almodóvar, Alaska, Bibi Andersen y tantos otros, es imposible saber qué pensarían El Jaro, el Pirri o el Torete de la exposición que el CCCB les dedicó en 2009, para entonces todos estaban muertos.

Concentrados y segregados en lo que hoy llamamos *banlieue*, los hijos de la emigración y la exclusión social se vieron, además, azotados por la crisis económica de los años setenta que llevó al paro a la mitad de los jóvenes españoles. Una crisis que apenas les dejó hacerse dueños de los descampados, las ruinas, los no lugares donde sólo los más aptos y en condiciones extremas, tuvieron tiempo de vivir una fugaz adolescencia construida sobre los pequeños hurtos y el consumo de drogas. Si sus padres habían construido una chabola desde la que mirar el futuro con optimismo, ellos construyeron su imaginario sobre las llantas de un SEAT-127 robado, matando el tiempo entre futbolines, billares y discotecas antes de que el tiempo decidiera acabar finalmente con ellos en los centros de almacenamiento de yonquis, los reformatorios, las prisiones y las salas de apestados de los hospitales. Convertidos en espectros en chándal, fueron colocados junto al resto de los desperdicios del primer mundo.

Pero antes de ser inmolados, también los quinquis tuvieron su momento de gloria, de la mano de algunos trovadores y grupos de rumba que se dedicaron a cantar las injusticias del sistema, la cara amarga de las drogas, en especial de la heroína, el mundo de la delincuencia y, sobre todo, a cantar a una libertad tangible y verdadera que, en tanto se levantaba sobre lo concreto, permanecerá muy alejada del discurso espectacular que de ella habían hecho los *star system* españoles de entonces.

Como nos recuerda Kiko Amat, la rumba quinqui de Los Chichos, El Pelos, Los Calis

(“Heroína”), Tony El Gitano (“Maldita droga”), Bordón 4 (“Paso de lo que digan”), El Fary (“La Mandanga”), El Payo Juan Manuel (“El pasota en Benidorm”) o Los Chunguitos (“Dame Veneno”) y una veintena de películas neorrealistas como *Perros Callejeros*, *Navajeros*, *El Pico* o *Deprisa, deprisa* completarán el imaginario de una juventud sin salidas y ávida de imitar las aventuras de estos bandoleros modernos, adolescentes de los suburbios tan lejanos en sus disfraces para el canijo actual y su mundo de *tuning*, pastis, bermudas pirata de colorido fulgor, *piercings*, *full boxing*, perros feroces y enrevesados tatuajes subpolinesios, como inquietantemente cercano por los condicionantes socioeconómicos que los hermanan. Se ha desplazado su subcultura de consumo pero ellos siguen, treinta años después, en los mismos lugares, cada vez más lejos del centro de las ciudades.

BIBLIOGRAFÍA

- BALESTRINI, Nanni (1988). *Los invisibles*. Barcelona: Anagrama.
- CARBÓ, Jordi (2009). *El Saxo*. Barcelona: Sensenom/Roure.
- GÓMEZ MOMPART, Josep Lluís. “La contrarrevolución del ‘caballo’”. *El Viejo Topo* 61 (1981): 38-41.
- GONZÁLEZ DURO, Enrique (1979). *Consumo de drogas en España*. Madrid: Villalar.
- HARO IBARS, Eduardo. “La droga mata”. *Ozono* IV, 37 (10/1978): 7-10.
- LENORE, Víctor. “Heroína como arma de estado: así se desmonta el mito más absurdo de la izquierda”. *El Confidencial* (13/12/2015).
- ORRANTÍA, Mikel. “El caballo mata en Euskadi”. *Cambio* 16 473 (22/12/1980): 117-118.
- MARCILLA, Pere. “De confidentes está el mundo lleno”. *Revista Star*, 48 (1979): 4 - 6.
- REI, Pepe (1993). *La red Galindo*. Tafalla: Txalaparta.
- USÓ, Juan Carlos (1996). *Drogas y cultura de masas (España 1855-1955)*. Madrid: Taurus.
- USÓ, Juan Carlos. “Nos matan con heroína”. *La web sense nom* (17/05/2010). Extraído de “Madrid, capital de la sospecha”. *Mombaça* 8 (2010): 87-94.
- USÓ, Juan Carlos (2015). *¿Nos matan con heroína? Sobre la intoxicación farmacológica como arma de estado*. Madrid: Libros Crudos.
- USÓ, Juan Carlos (2019). *Drogas, neutralidad y presión mediática*. Santander: El Desvelo.